

Nuevos hallazgos de arte rupestre en el alto Duero.

Por T. ORTEGO Y FRIAS.

La riqueza del importante foco de pinturas rupestres prehistóricas, descubiertas en agosto de 1951 en el monte Valonsadero, de Soria, va aumentando en extensión y variedad a medida que el tiempo nos permite nuevas exploraciones.

Uno de los covachos con muestras de este arte, últimamente descubierto, se encuentra en el lugar denominado "Cuerda del Torilejo", de cuyo estudio anticipamos esta breve información.

Para llegar a este paraje tomando la carretera de Soria a Burgos, es necesario desviarse de ésta en el kilómetro 137,35 y entrar por amplio camino, practicable para toda clase de vehículos, en la Dehesa de San Millán, que sigue la dirección de un arroyuelo sinuoso, a nuestra izquierda, dejando a la derecha los afloramientos y arranques bruscos de las alineaciones rocosas (cuerdas en el país), orientadas de Este a Oeste.

Entre la segunda y tercera de estas formaciones, iniciadas en las proximidades del camino, avanzamos para ganar el paso que ofrece la interrupción de la Cuerda del Torilejo en su tramo final hacia la vaguada. Salvada esta solución de continuidad dejamos el camino y bordeando el flanco Norte del cantil, se llega a los cien metros frente a un covachón de unos ocho metros de longitud, por cinco de altura y dos y medio metros de fondo máximo, el cual se halla protegido por la visera rocosa que ofrece la propia concavidad. (Figura 1.^a).

Remontándonos algunos pasos más en la misma dirección, veremos primeramente, en la parte más alta del cantil, como entronizada

en un dosel formado por un saliente de la roca, la excelente figura naturalista de un ave en pleno vuelo, en la que se advierte claramente la cabeza, alas extendidas, cuerpo con patas semiplegadas y cola rematada en abanico por tres timoneras puntiagudas. Detrás quedan unos pequeños toques de pintura sin acusar forma concreta.

Volviendo al aludido refugio percibimos, a simple vista, algunos trazos lineales, y con atención detenida se vislumbran cuadrúpedos, figuras humanas y otros signos, de cuyo análisis derivan las notas que siguen. (Fig. 2.^a).

En la parte superior de la concavidad, a la izquierda del observador, se destaca en color rojo un signo lineal abstracto, formado por una serie de puntos continuos que dan lugar a una línea en espiral duplicada con idéntico desarrollo desde el semicírculo de su arranque. Interpretamos este signo como genial representación estelar con idea de movimiento. También puede traducirse como incompleto trisquele, cuya remota atribución de virtudes profilácticas, llevó su representación a pinturas y relieves que perduran hasta tiempos protohistóricos.

Del extremo de la rama superior de la espiral, arranca buscando verticalidad, una sucesión de trazos lineales decisivos primero, y duplicados y vacilantes después. En su prolongación caen sobre la cabeza de un cuadrúpedo del que, por lascado de la roca, no queda más que el lomo, pata trasera y cola, formada por dos finos trazos algo curvados y divergentes desde su arranque. A la derecha y hacia la mitad de los trazos verticales, como soldada a los mismos, se prolonga una figura formada por un trazo curvo, cerrado por una vertical de trazo grueso. De los extremos de éste parten en ángulo débiles líneas formando después en conjunto un añadido trapezoidal con algunas manchas interiores desvaídas y abstractas. Todo ello contribuye a dar una extraña complejidad a esta figura que podría interpretarse como vía fluvial que discurre al borde del conjunto tectiforme o choza, contiguo, y en cuya parte final abreva el bóvido descrito.

Más a la derecha vemos otra figura circular de trazo grueso, con ligera abertura, tabique inferior y un saliente exterior hacia arriba. Enfrente de la abertura queda un trazo alargado. Semeja el conjunto la planta de una cabaña circular con un compartimento y entrada protegida por un muro frontero independiente.

A veintitrés centímetros debajo de esta figura, se advierten dos cuadrúpedos vistos de costado, poco distanciados y en marcha hacia la derecha. El que va delante tiene algunos rasgos de cánido, lobo o perro, de gran talla. El que le sigue, muy velado por la acción del

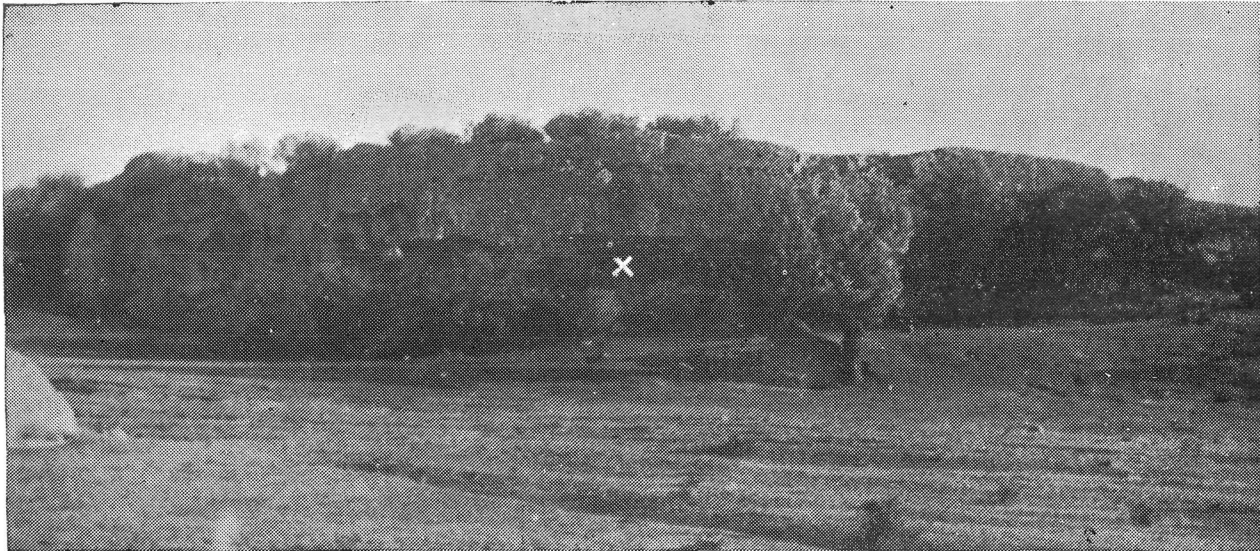


Fig. 1.—Vista de la Cueva del Torilejo y situación del abrigo con pinturas.

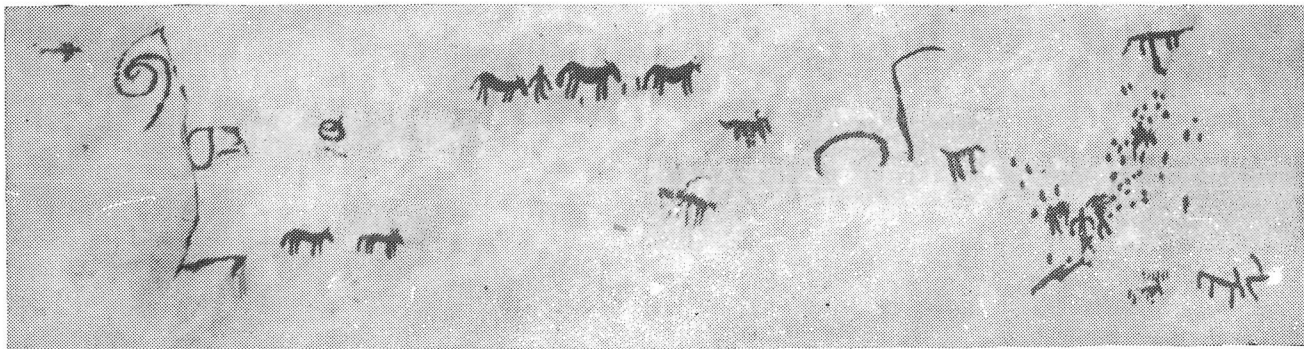


Fig. 2.—Desarrollo del friso pintado en la Cueva del Torilejo



Fig. 3.—Detalle del friso de la Cuerda del Torilejo



Fig. 4.—Detalle del friso de la Cuerda del Torilejo, con escenas de la pedrea.
(Fotos del autor)

humo, presenta algún parecido con un asno. Ambos son de estilo seminaturalista y se han pintado en silueta de color rojo oscuro.

Seguidamente, en alto, y hacia el fondo del friso, destacan alineados, caminando hacia la derecha, tres asnos, también en silueta de coloración rojiza, un tanto desvaídos. El primero aparece incompleto por desconchados en patas y orejas, y lo mismo el tercero, en cola, patas traseras y cabeza. El dibujo de estos tres asnos no difiere esencialmente, excepto algunos detalles del primero, tales como la cola terminada en jopo trifido, interpretados con mayor realismo.

Entre los dos primeros asnos, aparece una figura humana, de igual coloración y estilo, con cabeza de silueta enmelenada y extremidades en lograda actitud de carrera. Detrás del asno que va en cabeza, y debajo del segundo, se advierten tres barras cortas, como estacas de cercado o hitos colocados en la ruta que siguen estos cuadrúpedos, vinculados sin duda a la vida de la tribu.

A continuación, más baja, tenemos otra figura de animal incompleta por lascado de la roca. Parece representar un lobo, aunque sobre la cabeza, muy deteriorada, presenta un incompleto apéndice confundible con la cornamenta de un bóvido.

Algo más bajos existen vestigios de una composición formada por dos animales de largas patas, afrontados; del primero se advierten el tronco, extremidades y parte de la cabeza, acusándose un lado de la cornamenta de la que arrancan arqueados hacia atrás una continuación de trazos sinuosos, representando, quizás, algún otro objeto lanzado a lo alto por impulso del astado. De la figura de la izquierda sólo se advierten dos miembros y la parte del tronco correspondiente a los mismos. (Fig. 3.^a).

Seguidamente aparecen dos figuras lineales a grandes rasgos. La primera de tendencia oval abierta por debajo —especie de lúnula— se ha trazado con toques sucesivos de pincel dando contornos lobulados, según procedimiento visto en la figura de espirales, primera de las descritas. Muy próximo tenemos un instrumento en forma de hoz o dalle enmangado; la parte correspondiente a lo que sería el corte, remata con la curvatura propia de estos artefactos recolectores.

A la derecha se encuentra la figura de una cabra de acusado estilo esquemático. La parte superior de la cabeza y apéndices se halla perdida por un desconchado de la roca. Se ha omitido una de las patas delanteras, como correspondería realmente a la visión lateral del animal parado. En cambio se han pintado ambas patas traseras. Su cola es corta, a diferencia de la dibujada en algunos cápridos de estaciones próximas, y las mamas se dibujan ingenuamente, a lo largo del vientre, con dos apéndices contiguos.

Seguidamente aparece una escena compleja que ocupa transversalmente la faja ocupada por el friso. (Fig. 4.^a).

En lo alto se pintó, al parecer, un esquema de cabaña con pie derecho central, cubierto con ramas colgantes. La parte de la derecha está incompleta por rotura de la roca; rotura que, de arriba a abajo, corta y delimita la escena por todo este sector. Entre numerosos puntos repintados que parecen piedras arrojadas, se encuentra una mancha irregular en la que se advierten orejas puntiagudas, cabeza y extremidades, como de un animal maltrecho y desarticulado. Se prolonga hacia abajo la escena con tres figuras humanas; dos son varones en marcha ostentado, uno en brazos y otro sobre la cabeza, dos bultos —acaso niños o animales de cría— y, entre ambos, una mujer con largas faldas y brazos arqueados, lleva pendientes dos piedras como si tomara parte activa en la contienda. Los puntos aludidos se suceden hasta primer término, quedando delimitados por una figura alargada en actitud yacente en la que se acusan sendos muñones en lugar de extremidades.

En resumen, entendemos se alude en esta composición descriptiva a un episodio de la tribu en el que los beligerantes contendieron a pedradas, hallándose representado en este conjunto escénico las circunstancias del hecho y las víctimas de la refriega.

Rebasando por la derecha el límite del gran friso, encontramos en una pequeña concavidad muy próxima, otro cuadrúpedo; un asno, al parecer, de estilo semiesquemático, del que por desconchado de la roca, sólo se advierten parte de la cabeza, tronco con pronunciada cruz, e indicios de cola y extremidades. A la altura de las orejas, interpretadas con grueso y único trazo, se ven hasta seis figuras alargadas y en orden. Las primeras acusan las formas de los percutores y hachas de piedra prehistóricas. Las dos últimas semejan elementales instrumentos cortos, con empuñadura y resalte en un costado para corte o percusión.

Siguiendo nueve pasos a la derecha, fuera ya de la gran concavidad del refugio y a escasa altura del suelo, encontramos en el frente del acantilado una marmita de erosión ovalada, de 24 por 18 centímetros en sus ejes y 13 centímetros de fondo. En este reducido espacio, se encajan dos figuras representando un animal orejudo y, delante, un perfil de figura humana sentada. Ambas son de color rojo y su estilo difiere de las demás por su esquematismo acentuado.

* * *

Las relaciones formales y estilísticas de esta serie pictórica con las últimas fases del arte parietal de la Península son evidentes, y algunos de los motivos aquí representados cuentan con otros simila-

res en una extensa zona, según hemos podido comprobar en cuantas estaciones hemos visitado y a través de los conocidos estudios publicados sobre el particular.

En el orden expuesto, vemos que aves seminaturalistas en vuelo, de parecido estilo a las de este friso, se encuentran en el abrigo de la Golondrina de Sierra Quintana y en Piedra Escrita, ambas de Fuencaiente (Ciudad Real), y en la Cueva de Bullón, de Villar del Humo (Cuenca); si bien, esta última, en acusado estilo esquemático confundible con ancoriformes interpretados como avanzadas estilizaciones humanas.

Los símbolos en espiral son muy escasos en todo el arte rupestre; pero también se dan en el Abrigo de Las Viñas, de las proximidades de Alange, y en la Posada de los Buitres de Peñalsordo, ambos en la provincia de Badajoz, incluso con una prolongación desacomodada con su trayectoria, según hemos advertido en este abrigo soriano. Más al Norte volvemos a encontrar esta figura con desarrollo oval, más perfecta de dibujo y sin adiciones, en la roca pintada de Pala Rubia, Pereña (Salamanca).

Las plantas circulares con compartimentos interiores y adiciones externas se observan también en Puerto Alonso, Cabeza de Buey.

La serie animalista de cuadrúpedos aquí representados, en sus diversos tipos y estilos, tienen paralelos en la Cueva de los Canforos, de Peñarrubia (Despeñaperros); en la Cueva Negra, de Meca (Alpera); en la Cueva Eduviges, de Cerro Felío, en Alacón (Teruel); en el Canchal del Zarzalón (Batuecas); en algunas estaciones portuguesas de la Cuenca del Guadiana y en la Gruta del Puerto de la Majada (Badajoz), en orden de menor a mayor grado de esquematización.

Igualmente, las figuras en forma de hoces o dallas, se repiten en Las Batuecas, en los abrigos denominados el Canchal de Las Torres y en la Cueva del Cristo, así como en la Sierra de Los Cordoneros (Almadén).

Por último, la escena de la pedrea, se representa en un abrigo de Sierra María (Vélez Blanco), aunque ésta con figuras humanas esquemáticas de silueta bitriangular almeriense, de cuyo tipo existen numerosos ejemplos en las Sierras Centrales de Andalucía Meridional.

En cuanto a la técnica puntillista que se advierte en las figuras lineales de nuestro abrigo soriano, también fué empleada en algunas pinturas extremeñas, tales como las de los abrigos de Los Buitres (Peñalsordo), La Mantequera (Alburquerque) y en los de la Sierra de San Serván, de la cuenca del Guadiana (Badajoz), aplicado a figuras geométricas y a esquematizaciones simbólicas.

El análisis y valor representativo de las figuras del abrigo de la Cuerda del Torilejo descritas anteriormente; los paralelos que encontramos en tan extensa área peninsular, y los materiales líticos, óseos y cerámicos, escasos, pero bien significativos, hallados en la estratigrafía del suelo del covacho, al pie de las pinturas, nos permite incluir este grupo pictórico en la trayectoria artística que va desde los tiempos neolíticos hasta la primera etapa del Bronce peninsular.

Dos tendencias fundamentales se revelan en este arte. De un lado el aspecto realista y meticuloso aparece en figuras como el ave reseñada en primer término. En el extremo opuesto se llega a representar la figura animal y humana en una fase de estilización avanzada y simplista. El estilo de la generalidad de las representaciones, más o menos concretas, fluctúa entre el naturalismo y el esquematismo. Esta diversidad obedece, a nuestro juicio, a la confluencia en estos territorios de pueblos diversos, mantenedores unos del arte levantino de tradición mesolítica y representantes otros del arte esquemático, que posteriormente había de desarrollarse en el sur y centro de la Península, según concepciones y creencias nuevas que penetraron por la vía del Estrecho.

Ambas corrientes artísticas llegan hasta el alto Duero por caminos de serranía (sector meridional del Sistema Ibérico, Sistema Central Divisorio entre Duero y Tajo), siendo sus portadores pueblos seminómadas que derivan su primitiva economía hacia un tipo de vida esencialmente pastoril. Los lejanos puntos de partida, dentro del ámbito peninsular, los encontramos en Levante, Andalucía y Extremadura. La ocupación de esta comarca soriana con sus rebaños y sus recuas de asnos, sería solamente periódica, en busca de los frescos pastizales de verano, constituyendo esta forma de aprovechamiento el germen de la potente organización ganadera trashumante que, ya en decadencia, y sin alteraciones notables en el transcurso de los siglos, ha llegado hasta nuestros días.